

reciente aún es la creación del Cuerpo de Sub-Oficiales Especialistas que abarca desde la mecánica a la química-polvorista.

No tenemos espacio para más. Nos alegramos de poder extender y dar a conocer este anhelo, que no es sólo del P. Iturriz, sino que lo participan también muchos jefes militares. Reconocemos que esa formación técnica deberían llevarla ya asimilada a la hora del servicio. Hemos asentado lo difícil, por lo costoso, de llevar a cabo rápidamente esta readaptación de los cuarteles a su función moderna. No pretendemos de ninguna manera desviar la atención del Ejército de su principal finalidad castrense. Pero deseamos ardientemente que las tres funciones religiosa-civil-militar de toda perfecta sociedad se complementen cabalmente para el mayor bien de la Patria y el mejor servicio de Dios.

Luis Moreno, S. I.

INDICE

núm. 122, Febrero 1959. JOSÉ AUMENTE. El fútbol como actitud colectiva.

Dice J. A. que el hombre, para perderle el miedo a su libertad recién conquistada, se entrega a un poder fascinador en el que delega su individuación: ello, explica las afiliaciones (de orden político, religioso, deportivo...). Es, pues, un mecanismo de evasión esto del fútbol-diversión. Algo de *estupefaciente*, en frase de Aranguren (Rev. de la Univ. de Madrid, VII, 25). Es una necesidad de simbiosis, la que padece el hombre, de carácter sádico-masoquista; en cuanto que el hombre *se disuelve* en un poder exterior (masoquismo), al par que *admite* en la propia persona a otro del que se *apodera* (sadismo). Porque el hombre, insiste J. A., es incapaz de resistir a la soledad.

Me parece que el equilibrio dialéctico que ha mantenido J. Aumente a propósito del fútbol, no es que sea estéril, pero sí un poco incompleto.

He de confesar que he ido al tema con interés, porque estoy de acuerdo que "el objetivo que podía tomar la sociedad española para satisfacer esas necesidades colectivas, podría ser menos estéril y más noble que el fútbol", pero creo que si el tema interesa (porque interesa) hay que tomarlo en peso tal cual es y nos lo encontramos en 1959. Es verdad, que gran parte de la sociedad de mediana cultura (niños, jóvenes, obreros...) se entrega al fútbol como a la única cosa *seria* de que puede hablar: y de éstos está bien dicho que buscan una evasión en el estadio... Pero; ¿se puede decir lo mismo de un profesional o un hombre de negocios, personas, por lo demás, de solvencia social y aun de prestigio, y que sin embargo, ocupan su localidad en el estadio? ¿También ellos tienen miedo a su soledad?

El problema, o no lo entiendo, va por aquí: hemos de admitir la diversión como un bien social, hemos de conceder un margen suficiente a la emulación; hemos de agradecer, en parte, a la sociedad el que haya encontrado modos de diversión sanos espiritual y físicamente...

pero ¿podemos admitir que la sociedad, hasta en sus elementos más representativos, pierda el control y freno de sí, insulte caprichosamente a un hombre o a veintidós, o que un periodista (es un ejemplo) se olvide de su función social, como servidor de la verdad, para hacerse un partidista más...?

Vamos a prescindir de una vez de que se gasten más o menos millones en un "astro", e incluso del absurdo social que supone el desenfreno

masivo, ...no porque no estaría más de acuerdo lo contrario, sino convencidos de que apenas podemos hacer otra cosa. Pero de lo que no podemos prescindir, y de lo que deberíamos ser responsables, es de que aficiones de éstas perturben los conceptos más elementales de cumplimiento del deber profesional, de atención a las relaciones padres-hijos, más pudientes-menos pudientes,... El hombre ha de ser siempre dueño de sí —por favor, entendedme: no que se le pueda colocar como *modelito* siempre, que esto no sería humano!—, pero que si en la tarde del domingo grita como el que más, grite, se acalore y hasta se apasione un poco después de haber sido un hijo más de su obligación, no un prófugo de sus deberes más sagrados.

Ni es simplismo, ni ganas de poner retoques piadosos en un ambiente social contra el que no podemos hacer otra cosa. Es un deseo de ver al hombre, después de haber sido un hombre *íntegro*, gozando *íntegramente* de cuanto Dios ha ido dejando caer a lo largo de los tiempos en medio de la sociedad. Por favor, vamos a dejar quieto el tema del fútbol: pero vamos a ser serios una vez más en la vida. No le tengamos miedo a nuestra soledad individual (de la que tan bien nos ha hablado esta vez J. A.), sino aceptémosla generosamente, como un medio, quizás el mejor, de nuestra santificación, haciéndole caso a cuanto esa soledad —ese hombre interior— nos dicte al oído. En la seguridad de que una de las cosas (pero una de ellas, no la única) que nos dictará, será cuántas pesetas hemos de entregar cada semana a tal o cual club de fútbol.

Y que Dios nos conceda a todos el saber usar bien de cuanto pone a nuestro alcance.

Carlos G. Hirschfeld S. I.

